

Era prudente, religioso sin afectación ni superstición alguna, y el verle asistir á la misa, capilla y demás actos de religión, edificaba á todos y daba una idea de su fe y de la verdad de su religión. Si la fe pudiera verse con los ojos materiales, en ninguna ocasión se hacía más visible, y aun palpable, que cuando este respetable anciano tenía á sus nietos en sus brazos para que los bautizasen, pues era una representación viva de la bondad y convicción de las verdades religiosas que vemos representadas en la cara de los antiguos Patriarcas.

Confesaba y comulgaba en todas las Pascuas y principales fiestas de los Misterios y de la Virgen, y el día de algún otro Santo de su particular devoción, como San Jenaro y pocos más.

Era muy mañoso, y se había ocupado cuando joven en trabajar al torno, y el puño de su bastón y otras cosas eran hechas por él.

Conociendo por experiencia que su familia era expuesta á caer en la melancolía, y temiendo sus malas resultas, de que había visto que sus padres y hermanos habían sido las víctimas, procuró siempre evitarla con gran cuidado, como lo consiguió. Sabía que el mejor medio, ó, por mejor decir, el único para conseguirlo, era el huir la ociosidad y estar siempre empleado, y en acción violenta en lo posible. De aquí resultaba que jamás estaba un momento en inac-

ción, y acabada una cosa, pasaba luego á otra. Este principio de conservación era uno de los motivos principales de su ejercicio de la caza, que algunos le vituperaban amaba con exceso. Yo le he oído decir en El Pardo, estándole sirviendo á la mesa: *Si muchos supieran lo poco que me divierte á veces en la caza, me compadecerían más de lo que podrían envidiarme esta inocente diversión.* Me dirán muchos: podría ocuparse en otras cosas más que en la caza. Á lo que responderé: lo uno, que ninguna otra ocupación reunía la ventaja del ejercicio; y lo otro, que no amando la música, y poco el juego, el demasiado estudio y lectura no era tan conveniente para el fin que se proponía como dicho ejercicio.

Su distribución diaria era ésta todo el año. Á las seis entraba á despertarle su ayuda de cámara favorito, D. Almerico Pini, hombre honrado, que dormía en la pieza inmediata á la suya. Se vestía, rezaba un cuarto de hora, y estaba solo, ocupado en su cuarto interior, hasta las siete menos diez minutos, que entraba el Sumiller, Duque de Losada. Á las siete en punto, que era la hora que daba para vestirse, salía á la cámara, donde le esperaban los dos gentiles hombres de cámara de guardia y los ayudas de cámara. Se vestía, lavaba y tomaba chocolate, y cuando había acabado la espuma, entraba en puntillas con la chocolatera un repos-

tero antiguo, llamado Silvestre, que había traído de Nápoles, y, como si viniera á hacer algún contrabando, le llenaba de nuevo la jícara, y siempre hablaba S. M. algo con este criado antiguo. Al tiempo de vestirse y del chocolate asistían los médicos, cirujanos y boticario, según costumbre, y con ellos tenía conversación. Oía la misa, pasaba á ver á sus hijos, y á las ocho estaba ya de vuelta, y se encerraba á trabajar solo hasta las once, el día que no había despacho. Á esta hora venían á su cuarto sus hijos, pasaba con ellos un rato, y luego otro con su confesor y el presidente, Conde de Aranda, mientras lo fué, y á veces con algún Ministro.

Salía después á la cámara, donde estaban esperando los Embajadores de Francia y Nápoles, y, después de hablarles un rato, hacía una seña al gentilhombre de cámara para que mandase al ujier llamase á los Cardenales y Embaxadores; entraban donde estaban los de familia, y quedaba con todos un rato. Pasaba á comer en público, hablando á unos y otros durante la mesa. Concluída ésta, se hacían las presentaciones de los extranjeros, y besaban la mano los del país que tenían motivo de hacerlo por gracia, llegada ó despedida. Volvía á entrar en la cámara, donde estaban los Embajadores y Cardenales que antes, y además de éstos los Ministros residentes y demás miembros del

Cuerpo diplomático, con quienes pasaba á veces media hora en cerco, y también tenían entrada á esta conversación de la cámara los Grandes, primogénitos y Generales, que, concluída, salían de ella, igualmente que el Cuerpo diplomático.

He oído decir á todos, y lo he confirmado yo mismo en mis viajes, que ningún Soberano de la Europa tenía mejor el cerco, con más amenidad, majestad y agrado, lo cual era tanto más difícil, que siendo diario, parece no tendría qué decirles. Otra cosa hay aún más particular, y es que no he oído ni sabido que ningún Ministro haya vuelto de España que no se haga lenguas del Rey, y no crea le quería y distinguía personalmente. Prueba bien positiva de su gran bondad, tino y conocimiento del corazón humano, sin el cual nadie puede gobernar bien los hombres.

Después de comer, dormía la siesta en verano, pero no en invierno, y salía luego á caza hasta la noche, primero con su hermano el Infante D. Luis, y después con el Príncipe de Asturias, su hijo. Cuando se le separó aquél, varias veces solía, á los principios, llamar hermano al Príncipe, que le reconvenía, y S. M. le decía con ternura, y echándole menos: *Hijo, no lo extrañes después de tanto tiempo; es mi hermano.* Otro día que el Príncipe dijo había recibido una

carta suya, añadiendo: *Aún no la he respondido*, pareciéndole á S. M. que había habido en ello algo de desprecio, replicó: *Yo sí; al instante; es mi hermano*. No había palabra que holgase y que no fuese un ejemplo de virtud en este buen Monarca. Al volver del campo le esperaba la Princesa y toda la familia real. Se contaba y repartía la caza, hablaba de la que cada Infante había hecho por su lado, y despedidos los hijos, daba el Santo y la orden para el otro día, y pasaba al cuarto de sus nietos. Después tenía el despacho, y si entre éste y la cena, que era á las nueve y media, quedaba algún rato, jugaba al revesiño para ocuparle. Cenaba siempre la misma cosa: su sopa; un pedazo de asado, que regularmente era de ternera; un huevo fresco; ensalada con agua, azúcar y vinagre, y una copa de vino de Canarias dulce, en que mojaba dos pedazos de miga de pan tostado y bebía el resto. Se ponían siempre un gran plato de rosquillas cubiertas de azúcar, y un plato de fricasé, alrededor del cual había pan. Á la mitad de la cena (que era en privado en la cámara), venían los perros de caza como tantas furias, y era preciso estar en guardia para que no se metiesen entre las piernas é hiciesen dar á uno la vuelta redonda, como le sucedió al Marqués de Torrecilla, padre, Mayordomo de semana, hombre flaco y débil, que quedó montado en uno de los perros

grandes, llamado Melampo que, si no le tienen, le vuelca. Se abalanzaban á la mesa, y el Rey les daba el pan que había alrededor del fricasé, y después entregaba el gran plato de rosquillas al Marqués de Villadarias, Capitán supernumerario de guardias de Corps, que, apoyado contra otra mesa, lo repartía á la turba, la cual contenía D. Francisco Chauro, jefe de la Guardarropa, antiguo criado del Rey, con un látigo que tenía á este fin. Este Chauro sucedió luego á Villadarias en este ejercicio. Al almuerzo venían también los perros, y el Rey y el Sumiller les daban del pan que quedaba. Otra cosa muy singular había en la cena, y era que después que el Rey comía el huevo, que ponía en una huevera alta de las antiguas, en forma de cáliz, le volvía, le daba un golpe con la cucharita, y tenía tomado de tal modo el tino, que quedaba derecha la cuchara, y el huevo sin más lesión que la precisa para introducirla. El sacar luego esta pirámide de una tercia, entre cuchara, huevo y huevera con su plato, era empresa en que el Gentil hombre de cámara que servía la cena tenía con que hacer brillar su pulso. Yo tuve la dicha de no dejarla caer nunca. Es difícil saber si esta constante costumbre, que no faltó ni un día, era un mero hábito, nacido de diversión en la juventud, ó si provenía de alguna de las preocupaciones que no desarraigan como debieran

en ella; pero el Rey tenía demasiado talento para no haberla vencido por sí, aunque conservase el hábito de la acción.

Rezaba otro cuarto de hora ó veinte minutos antes de recogerse, y después salía á la cámara, se desnudaba, daba la hora al Gentil hombre para las siete del día siguiente, se retiraba con el Sumiller y Pini, y se metía en la cama.

Esta era constantemente la vida de este santo Monarca. Algunos días alteraba la hora de su salida, según la estación ó el paraje donde iba. Algunos salía á pie á los jardines por la mañana, á caza de becafigos en San Ildefonso, ó de buitres en El Pardo, y á pescar en Aranjuez. Era cosa maravillosa el ver que se estaba desde las diez á las doce, en Junio, pescando á mantenido, entre dos soles, el uno sobre la cabeza y el otro el de su reverbero que venía del agua, sin que le hiciese la menor impresión. Es verdad que podía mirar fijamente el sol sin sentirse de la vista.

En Carnaval hacía varios días de campo entero, yendo á comer al campo, y decía eran *sus bailes*, y en Diciembre tenía ocho días de caza en Aranjuez para las chochas. También tenía por Abril otros cuatro días de caza de gatos monteses en Cuerva y en los montes de Toledo, y de esta distribución no alteraba nada. Así es que, en cualquiera parte del mundo en que se

estuviese, podía decirse casi sin errar dónde estaba el Rey, y lo que hacía en aquel día y hora, según la estación del año.

Tal fué la constancia y la virtud de este amable Monarca, de quien el mayor elogio que puede hacerse es el que yo decía amenudo, y es que el que tuviese un amigo como él en quien depositar su corazón y á quien pedir consejo, se creería muy dichoso, y le iría á buscar continuamente para estar con él.

Yo me reprimí muchas veces durante su vida para no parecer adulator cuando decía de él lo que sentía mi corazón; pero ahora que la lisonja no puede confundirse con mi cariño, he creído deber dar á éste toda la extensión que exigen mi amor y reconocimiento, contenidos hasta ahora.

Siempre he pensado no debieran erigirse estatuas ni monumentos públicos á los Príncipes hasta después de sus días, y sobre esto se hallará entre mis papeles una carta escrita á mi amigo el Conde de Revillagigedo, en que extendiendo mi pensamiento.

Consiguiente á él, deseé siempre ser bastante rico para poder erigir una estatua al Rey Carlos, que estaba cierto merecería inmortalizar su memoria. Aunque la Providencia no quiso darme suficientes haberes para verificar mis deseos, me proporcionó impensadamente la adqui-

sición de un busto suyo de bronce, parecidísimo, hecho en Roma, de que tuve noticia á las doce del día, y á las tres estaba ya pagado y colocado en mi cuarto. Le he hecho hacer un pedestal de mármol blanco, con cuatro inscripciones doradas sobre mármol negro, y he formado de este modo un monumento, aunque muy débil, á la memoria de aquel gran Príncipe, el cual se representa en la estampa siguiente (1). El genio de la inmortalidad le arrebató el manto y las demás insignias reales que le distinguieron durante su vida, y sólo le deja la corona de la inmortalidad, que supo adquirirse durante ella. (Nota 28.)

Quiera Dios, hijos míos, que os veáis algún día en el caso de pagar un tributo igual de reconocimiento á las virtudes del digno hijo de este santo padre, y de perpetuar en vuestra familia el respeto y amor á vuestros Soberanos, y el deseo de inmortalizar la memoria de sus virtudes, y de vuestro amor y reconocimiento á ella. Á este fin os deja este ejemplo vuestro amante padre,

CARLOS. (2)

(1) Falta.

(2) Firma y rúbrica autógrafas.

NOTAS